

José Ramón Ubieto
VERGÜENZA, CULPA Y ANGUSTIA
ÍNDICES SUBJETIVOS EN LAS NUEVAS FORMAS DEL SÍNTOMA *

* Este texto ha sido redactado a partir de las notas de presentación de la Jornada del mismo título correspondiente al espacio Sábados de la Orientación Lacaniana de la Comunidad de Catalunya de la ELP, celebrada en Barcelona el 8 de noviembre de 2003

Este trabajo exige, en primer lugar justificar su título: ¿por qué ocuparse ahora de la vergüenza, la culpa y la angustia? Podemos dar dos razones para ello: en primer lugar la necesaria actualización de los conceptos y términos de la teoría analítica. Un *aggiornamento* que los renueve y evite su degradación. Que duda cabe que estos tres citados, por tratarse de términos de uso coloquial, están más dispuestos si cabe a ese proceso. Por otra parte también los propios analistas se han ocupado de “adaptarlos” a sus argumentaciones.

Pero, junto a esta razón de estructura, habría otra de actualidad ligada a la práctica clínica. Hoy constatamos como los síntomas del sujeto toman nuevas formas y también su demanda se formula de diferente manera. En esa modalidad, los afectos de la vergüenza, la culpa o la angustia como índices de la presencia del sujeto tienen un cariz particular a la época.

A partir de aquí nuestra propuesta de debate toma como punto de partida lo que Freud y Lacan subrayan como constituyente del sujeto del lenguaje: su falta-en-ser básica. “No hay relación sexual” —otra forma de decirlo—, es un sintagma que podemos declinar de muchas maneras. Podríamos decirlo así: no todo es medible con la vara del falo y por eso el sujeto, en el lugar de eso que no hay, sitúa sus condiciones de amor, su respuesta fantasmática que por estructura es siempre una desproporción (ya que no implica relación). El matema del fantasma ($S / .a$) nos muestra al sujeto confrontado con su objeto, no con el otro sexo. Y además ese objeto viene siempre, en la metonimia de los objetos parciales, al lugar del objeto irremediamente perdido.

Tenemos de entrada, pues, un traumatismo, resultado de la incidencia del lenguaje en el viviente y una respuesta del sujeto en términos de fantasma como tentativa de cura. A partir de aquí la repetición se instaura como el medio de obtención del goce: hay una satisfacción en juego en el mismo circuito pulsional. Los modos de acceso a esa satisfacción son particulares para cada uno. Pero no sólo eso, esos modos no son sin el Otro, sin las figuras que ese Otro toma en las diversas épocas.

Debemos, entonces, diferenciar entre lo estructural como constante del psiquismo y las condiciones históricas donde se despliegan los fenómenos, las formaciones sintomáticas. Entre lo atemporal y aquello que lleva las marcas del discurso de época. Es imposible, por tanto, pensar lo nuevo sin lo viejo, ya que lo nuevo está siempre en tensión con la repetición de lo mismo. Propongo, como disciplina de una posible estrategia del contradiscurso, la distinción en el análisis de estas nuevas formas del síntoma de dos vertientes articuladas, pero diferenciadas:

1. ¿Que hay de transhistórico, de estructural en el fenómeno?
 - a. En cuanto a la subjetividad en juego
 - b. En cuanto a la economía libidinal
 - c. En cuanto a las respuestas institucionales puestas en juego (poder, economía, ciencia)
2. ¿Qué nuevas formas aporta la modernidad?

- a. Respecto a la significación social (vigencia del ideal, semblantes legitimados)
- b. Respecto a las subjetividades y las modalidades pulsionales (objetos, tiempo)

Hoy es un hecho constatable en la clínica y en la psicopatología de la vida cotidiana que hay un nuevo lazo del sujeto al goce. 1 En la revisión lacaniana del malestar en la cultura, cuyo hito fundamental es el *Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis*, Lacan anticipa este hecho en múltiples ocasiones.

Una de ellas es, cuando al concluirlo 2 se refiere a un efecto, como índice del sujeto, raramente obtenido: morir de vergüenza. Los datos que nos muestran los sociólogos 3 acerca de la llamada cultura juvenil, por ejemplo, insisten en un dato relevante: el impudor y la escatología destacan como “marcas” que la definen. La exhibición de la miseria neurótica se convierte en nuestra sociedad del espectáculo en la sustancia misma, sustancia gozante, del par voyeur-exhibicionista. La mirada del Otro que introducía la vergüenza queda degradada a otra mirada: mirándolos gozar, el espectador goza.

Hay otros datos de otros afectos: la distribución social de la culpa ligada al perdón y al arrepentimiento, el retorno de la angustia en diversos cuadros, motivo frecuente de ingresos de urgencia o en los repetidos traumatismos actuales. La culpa, por ejemplo, ¿tiene el mismo estatuto en el inicio de nuestro siglo XXI del que tuvo hace algunas décadas? ¿Es posible ignorar los efectos de la barbarie (*Shoah*) que al desvelar la desnudez del goce convierte a ese Otro que juzga en un Otro que mira el horror de su propia mirada?, tal como se encuentra en los testimonios de muchos supervivientes de los campos de concentración nazis. 4 Sabemos que cuando el pudor —como velo de lo real— cae, el impudor de uno hace caer también el de otro. ¿Cómo se pone en juego esta caída subjetiva —caída propiciada por ese estatuto de objeto que toma ante la mirada del Otro— en los llamados trastornos de conducta? ¿En esos jóvenes que sitúan en los pasajes al acto su condición de objeto vergonzoso y excluido del Otro social? ¿Qué habría de común entre esas conductas, muchas veces suicidas, y esa escena final de la película de Polanski, “El pianista” donde el protagonista comete un “lapsus” que está a punto de costarle la vida: aparecer ante los rusos con un abrigo militar alemán? ¿No es la desnudez del sujeto bajo la mirada del Otro que la transforma en insoportable vergüenza de existir, merecedora de una exclusión, en un odio hacia sí mismo?

Es el encuentro con lo real —su condición de objeto desvelada por la mirada del Otro— lo que los convierte en extranjeros, sumiéndolos en la vergüenza de existir. Es allí, en ese sentirse objeto de la mirada del Otro, donde Lacan sitúa la estructura de la fenomenología de la vergüenza. La culpa, en cambio, se sitúa en relación a lo que habrían podido hacer y por eso reprochárselo o ser objeto de reproche por parte del otro.

Por lo que se refiere a la angustia, ¿Cómo la favorece el discurso contemporáneo? La incidencia de la ciencia ha sido determinante en esa realidad. Si Lacan situaba la angustia inicialmente referida al deseo del Otro, en su última enseñanza habla de ella como de un acontecimiento de real. El contexto de transformación corresponde sin duda a la época del Otro que no existe, al tránsito que va desde el *Seminario VII, La ética del psicoanálisis* (1960) al post 68 del *Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis*. Esa inexistencia del Otro, a la que Lacan se refiere en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” 5 o en el propio *Seminario XVII*, 6 como la condición de asunción del goce por parte del sujeto y, por tanto, de la culpabilidad (*coupabilité* como coartada), es lo que va a hacer palidecer la vergüenza y la culpa y correlativamente aumentar las formas que toma la angustia ligadas a los goces actuales. Lo cual no deja de ser una paradoja, ya que en lugar de la liberación esperada aparece una mayor angustia.

En este sentido constatamos una diferencia respecto a la tradición, en la que el amo antiguo permitía a los sujetos hacerse un ser, aún en condiciones de inferioridad, y el discurso capitalista, donde los objetos comandan al sujeto y lo convierten en un proletario reducido a su cuerpo viviente. La tesis de Lacan, “todos proletarios” anticipa la insatisfacción y la angustia de ese sujeto que se ve obligado a hacerse cargo de sus propios vínculos sociales, y para esta responsabilidad cuenta únicamente con su cuerpo, fuerza de goce podríamos decir. Si en el año 1975 leíamos, en la propaganda electoral del Partido Comunista, ese eslogan: “Mis manos, mi capital”, hoy podríamos decir: “Mi cuerpo, mi fuerza de goce”.

¿Dónde ubicar, pues, al sujeto en estas transformaciones? Localizar al sujeto, para nosotros, presupone distinguir entre el dicho y la posición frente a ese dicho. Hacer visible ese lugar vacío —esa es la definición que damos del sujeto— donde se inscriben las modalizaciones respecto al dicho. ¿Cómo localizar el sujeto en estas nuevas formas del síntoma? Y ¿cómo hacerlo en un contexto en el que el lugar de la enunciación queda velado por la sustracción del sujeto bajo el anonimato catódico y digital del pequeño hermano? (figura paradigmática postmoderna). Sin enunciación no hay acto posible y, por tanto, la responsabilidad del sujeto se diluye.

Por otro lado nos cabe preguntar ¿por qué el psicoanálisis se ocuparía de estas transformaciones más propias de un moralista? 7 Sin duda por una razón ligada a la ética del psicoanálisis: más allá del *primum vivere*, el psicoanálisis apunta a la relación del sujeto a lo que es en tanto representado por un significante. Es un principio de su práctica: su sentido se fundamenta en el interés que para un analizante puede tomar su singular relación al S 1 a ese significante amo, rasgo unario que comanda su vida. Eso ya es una cuestión ética porque implica un consentimiento a esa investigación.

No es lo habitual ya que los llamados estilos de vida, propios de la postmodernidad, o los estigmas sintomáticos colectivos, más bien alienan al sujeto en la ignorancia de su marca individual. Un efecto propio del capitalismo de ficción 8 ha sido transformar esa singularidad del S 1 en unidades de valor, nueva contabilidad del goce. Al sujeto ya sólo le queda la dosificación —el control de las dosis de plus de goce—, como su única particularidad. El matema propuesto por Miller: a/I que entroniza el objeto plus de goce, no va sin su reverso: la inseguridad y la angustia por la ausencia de ese S 1 de referencia y el retorno artificial de un autoritarismo palpable en las nuevas políticas penales y de seguridad en el nuevo orden mundial. 9

Esa inversión demuestra —como señala Laurent— 10 que lo duro no es la insostenible levedad del ser, sino la pesadez de su relación al goce. Frente a ese empuje al goce, imperativo postmoderno —sea por la vertiente fundamentalista o por la cínica, siempre se trata de Dios como Otro sin falla— la apuesta de una política del síntoma supone que es posible decir sí y no a esa oferta de goce, siempre y cuando el pivote regulador sea el síntoma como particular.

El síntoma, entendido como *sinthome*, es una suplencia (respuesta) individual de la (no) relación sexual, a la que situábamos como nuestro punto de partida: lo que permite establecer un vínculo contingente, vía inconsciente, con algunos *partenaires*. Es hoy el único principio de vínculo social. La psicopatología de la vida cotidiana nos muestra como algunos lo consiguen y otros quedan objetivados a síntomas que toman su consistencia del cortocircuito del Otro: trastornos de la alimentación, adicciones.

Es a esta objetivación a la que el discurso analítico opone una subjetividad creadora. Hay otra vía posible a partir de la enseñanza de Lacan: dar vergüenza, no para producir culpa moral sino para restituir la instancia del S 1. No es posi-

ble, para un sujeto, separarse de ese S 1 sin producirlo como enjambre y vaciarlo de sentido. La vergüenza, al igual que el proceso analítico, implica una destitución subjetiva, pero la diferencia fundamental es que mientras ella lo hace de manera salvaje, fuera de saber, el análisis la correlaciona al saber (travesía del fantasma) y hace de ella una cuestión ética.

El analista se propone como soporte del sujeto supuesto saber, instaurando así la transferencia. Para ello podemos reivindicar la sesión analítica como una oportunidad de un espacio donde el significante guarde su dignidad y ofrezca otro tratamiento posible del goce, por el corte (*coupe*), diferente al que propone la culpa.

Notas

1. J.-A. Miller, "Note sur la honte", *La Cause Freudienne* nº 54, ECF, París, 2003.
2. J. Lacan, *Seminario XVII, El Reverso del Psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1992, p. 195.
3. C. Feixa, "Identitat i cultura juvenil", Informe CIIMU sobre *La infancia i la familia als inicis del segle XXI*, Online en [www.ciimu.org], 2002.
4. G. Briole, "De la vergüenza", *Cuadernos de Psicoanálisis* nº 26, EOLIA, Bilbao, 2002.
5. J. Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", *Escritos* vol. 2, Siglo XXI, México, 1984, p. 800.
6. J. Lacan, *Seminario XVII. El Reverso del Psicoanálisis*, op.cit., p. 13.
7. E. Laurent, "La Honte et la Haine de soi", *Elucidation* nº 3, ECF, París, 2003.
8. V. Verdú, *El estilo del mundo*, Anagrama, Barcelona, 2003.
9. L. Wacquant, *Las cárceles de la miseria*, Alianza, Madrid, 1999.
10. E. Laurent, "La société du symptôme", *Quarto* nº 79. ECF, Bruselas, 2003.

jubiето@copc.es